

INTRODUCCIÓN. LA FILOSOFÍA HELENÍSTICA

La filosofía helenística constituye una categoría historiográfica que, como tantas otras, resulta cronológicamente muy imprecisa. Históricamente, el período helenístico es aquel que sucede a la expedición de Alejandro Magno mientras que, desde la perspectiva filosófica, se propone a Aristóteles como punto de inflexión.

No obstante, tal clasificación resulta perfectamente comprensible si atendemos a los problemas que las diferentes escuelas y pensadores pretenden responder, así como a la manera de hacerlo. El lema común de “vivir según la naturaleza” alude, no sólo al desencanto frente a la situación económica y las instituciones políticas sino incluso, como bien se percibe en el cinismo, a una cierta desconfianza respecto a la cultura y la civilización humanas.

Cuando la polis deja de ser el fundamento de la identidad y de la felicidad de sus ciudadanos, surgen una preocupación y un desarraigo que llevan a una rica diversificación de los planteamientos filosóficos, a pesar de compartir el punto de partida y, a veces, de llegada. La situación de crisis económica, política y cultural propicia la construcción de sistemas y planteamientos filosóficos cuyo objetivo no es otro que el de encontrar un modo de vida que proteja frente a las múltiples amenazas externas y permita alcanzar la serenidad que tantos autores consideran el fundamento de la felicidad. La ética, según la expresión de Diógenes Laercio, es el fruto de su reflexión filosófica, que se asienta en las ramas y el sólido tronco de la investigación de la naturaleza, la física, de un árbol situado en el centro de un jardín que debe protegerse con los muros de la lógica, que nos proporciona método y criterio de conocimiento.

Este variopinto conjunto de pensadores se sitúa en un contexto que le empuja a una reflexión que intente recuperar para el individuo lo que la polis ha perdido: su autosuficiencia, su autarquía, su independencia. La filosofía pierde de vista lo público para centrarse en lo privado, en el refugio que permita eludir las penalidades impuestas por un contexto hostil y alcanzar la sabiduría, ese conocimiento aplicable y práctico que conduzca a la felicidad.

Y de este individualismo surgiría la superación del nacionalismo de la Grecia clásica a través de la idea del cosmopolitismo, creada, al parecer, por los cínicos y desarrollada por los estoicos, lo cual supuso un paso hacia el reconocimiento de la igualdad natural de los seres humanos. La ausencia de grandes ideales políticos no conlleva la propuesta de desvinculación, sino el refuerzo de otro tipo de relaciones, a nivel privado como la amistad, o natural y más allá de lo convencional, como el mencionado cosmopolitismo.

La filosofía helenística es una de las etapas más ricas de la historia del pensamiento, por su variedad, complejidad, importancia y actualidad. Muy a menudo, sin embargo, es situada a la sombra de los grandes edificios filosóficos de Platón y Aristóteles, a lo que se añade el problema de la escasez de documentos originales conservados, que obligan a una reconstrucción a partir de testimonios indirectos e interpretaciones variadas. Por eso, la labor de especialistas, como los que generosamente han querido participar en este número de la revista, resulta fundamental para una adecuada valoración y comprensión de lo que supone esta etapa histórica y filosófica.

Otros aspectos interesantes de este período son, por un lado, su capacidad de asimilación y, por otro, la enorme influencia ejercida, que condiciona a decenas de pensadores medievales, modernos y contemporáneos. Al margen de la figura de Sócrates, sin la cual cínicos, cirenaicos y megáricos difícilmente resultarían comprensibles, la reinterpretación que los estoicos hacen de Heráclito, la que Epicuro hace de Demócrito, o la admiración de los escépticos hacia Jenófanes o Zenón de Elea, muestran la capacidad de estas escuelas para continuar la labor filosófica de los presocráticos. Sus diferentes posturas con respecto a planteamientos platónicos y aristotélicos nos permiten descubrir en todos ellos un cierto eclecticismo que reflexiona acerca de antiguos pensadores para adecuarlos al nuevo contexto y a sus intereses prácticos.

Asimismo, no cabe negar el enorme recorrido de escuelas de pensamiento como el estoicismo, no sólo en la antigüedad griega y romana, sino en el conjunto de la historia filosófica occidental. El escepticismo, por su parte, supone un desafío para cualquier teórico del conocimiento, como los cínicos para la filosofía de la cultura. No parece necesario mencionar nombres de filósofos que se nutren de las aportaciones del pensamiento helenístico, pues resulta bien conocido para cualquiera que esté familiarizado con la actividad filosófica.

Por otra parte, es destacable el hecho de que conservemos en nuestro lenguaje coloquial adjetivos como cínico, estoico, epicúreo y escéptico que, a pesar de haber modificado ligeramente su significado con respecto al original, dejan constancia de la vigencia de estas actitudes, caracteres y pautas de acción y pensamiento.

Las diferencias entre estas escuelas y corrientes son también numerosas y destacables. El desdén que muestran los cínicos hacia cualquier erudición o conocimiento abstracto desligado de la praxis inmediata contrasta con las minuciosas especulaciones de los estoicos en lógica y física y el carácter místico y metafísico de muchos neoplatónicos. El ascetismo de raigambre socrática de Antístenes y Diógenes difiere notablemente del hedonismo de Epicuro que, a su vez, resulta muy distinto de la propuesta de Aristipo. Las firmes conclusiones de estoicos y epicúreos están en el punto de mira de los radicales ataques escépticos. El “vive oculto” de Epicuro o el oráculo que llevó a Diógenes a alterar los valores suponen un contrapunto de algunas propuestas políticas del estoicismo. Y así podríamos continuar casi indefinidamente.

Pero si hubiera que resumir en un adjetivo lo que supone el pensamiento helenístico tanto para la historia de la filosofía como como para nuestro contexto contemporáneo, sin duda elegiría el de “estimulante”. Las mordaces anécdotas de los cínicos nos obligan a cuestionar el rumbo de nuestra civilización y de nuestra propia conducta. Estoicos y epicúreos nos empujan a pensar acerca del papel del placer y las emociones en el ineludible objetivo de la felicidad. Las críticas escépticas nos hacen cuestionar el fundamento de nuestras creencias. En todos ellos, en definitiva, encontramos los problemas filosóficos y las preocupaciones de nuestro tiempo.

Tal como señalan Ímaz y García Gual, la filosofía helenística no constituye un deterioro intelectual frente a la innegable altura filosófica de Platón y Aristóteles, sino que, más bien, el pensamiento griego alcanza aquí su madurez crítica. Quizá no sea tan brillante como la luz del mediodía, pero sí tan llamativa y penetrante como la del ocaso.

En este homenaje al pensamiento helenístico, que pretende dar a conocer a los lectores algunos de sus aspectos fundamentales, contamos con la colaboración de varios reputados especialistas, cuyas explicaciones e interpretaciones contribuyen a incrementar el ya de por sí valioso pensamiento helenístico.

El artículo de José Solana presenta un minucioso análisis de las distintas propuestas políticas de muy diversos filósofos estoicos, cuyo punto de partida lo constituye la utópica *República* de Zenón de Citio. Se abordan asuntos como la participación política, la propiedad o la educación, destacando tanto las diferentes teorías de los estoicos, como las prácticas que llevaron a cabo.

No es la política, sino la doctrina física del estoicismo lo que discute en su trabajo el profesor Ricardo Salles. Más en concreto, realiza un análisis de la propuesta de Crisipo en defensa de la indestructibilidad del cosmos, así como de la teoría de la conflagración universal, que supone la destrucción y regeneración del cosmos.

José María Zamora afronta también el pensamiento estoico, aunque desde otra perspectiva. En su artículo, presenta las consideraciones de esta escuela respecto al embrión, señalando el momento en que llega a estar dotado de alma, así como las propuestas alternativas de filósofos neoplatónicos como Porfirio y Plotino.

Un tema muy diferente es el abordado por Francisco David Corrales, pues presenta un estudio del concepto de *téchne* en relación con la retórica, basándose en los textos de Filodemo de Gadara. A pesar de ser considerado un filósofo epicúreo, se destaca la notable influencia de los textos de Aristóteles, tanto por la asimilación de su terminología como por el rechazo de algunas de sus propuestas.

También los cínicos tienen espacio en este número, gracias a la aportación de José Alberto Cuesta. El cosmopolitismo, el ideal de vida según la naturaleza, la *parresía* y la alteración de los valores son actualizados en virtud de las semejanzas existentes entre la época helenística y la actual.

Es de agradecer el compromiso y la generosidad de estos autores, así como de todos aquellos que han participado con sus aportaciones, revisiones y sugerencias a este número. Hay que destacar especialmente la tarea de los profesores Pablo García Castillo y Carmen Velayos, entusiastas del pensamiento helenístico, que tanto tiempo han dedicado a las diversas tareas que requiere un volumen como el que aquí se presenta.

IGNACIO GARCÍA PEÑA